



CENTRO MEXICANO
PARA LA FILANTROPIA

MIC
f
131

LA FILANTROPIA EN MEXICO

CENTRO DE INFORMACION
FILANTROPICA

F/871 Ej. 2
CEMEFI / Centro de Información Filantrópica



2249

La Filantropía en México. [Borrador]

02249

ALGUNOS ASPECTOS PARA ENTENDER LA FILANTROPIA MEXICANA

Hacer un breve diagnóstico de la situación actual de la filantropía mexicana supone, en primer lugar, el intento de definir lo que entendemos por la filantropía, ya que por lo menos en México no hay consenso sobre el significado de este concepto y también existen discrepancias acerca del nombre con el que se quiere bautizar este fenómeno social. En segundo lugar, habrá que describir, aunque sea con trazos muy gruesos, los principales rasgos históricos de la filantropía, para entender, en tercer lugar, con mayor claridad la situación actual y la problemática de este tipo de instituciones.

1. LA FILANTROPIA COMO SISTEMA SOCIAL.

La filantropía o ayuda social es un sistema social, como lo son el sistema político, el educativo o el económico. Pero un sistema social no se agota en la suma de sus instituciones, sino que se compone fundamentalmente de un código universal de comunicación que lo diferencia de los otros sistemas y especifica el tipo de función de las instituciones. Por ejemplo, el código del poder es propio del sistema político, el saber es el código del sistema educativo. En el caso del sistema de ayuda social, el código es la compensación de déficits, la satisfacción de necesidades. La ayuda social, desde esta óptica, es un fenómeno presente desde los primeros grupos humanos. Incluso en las sociedades arcaicas la institu-

ción de la ayuda social -es decir las formas cómo se ejercía- era fundamental para la sobrevivencia del grupo. En la medida en que ha evolucionado la sociedad y las necesidades se han vuelto mucho más complejas, el sistema de la ayuda social también ha evolucionado y se ha complejizado. Y la forma en que evoluciona un sistema social es a través de la diferenciación, es decir por medio de la creación de nuevas instituciones que van respondiendo tanto a los problemas internos del propio sistema como a las demandas que les plantea el entorno.

Así, se ha pasado del sencillo acto de compartir el alimento con quien perdió su cosecha al impresionante sistema de ayuda social privado de EUA, conformado por más de un millón de instituciones con recursos anuales superiores a los 400 mil millones de dólares. De la ayuda personal que obligaba a la reciprocidad para asegurar la sobrevivencia del grupo en las sociedades arcaicas, se ha llegado a la ayuda institucional, programada propia de las sociedades de fines de este siglo, sin que se haya abandonado por completo la vinculación de la ayuda con la moral ya que, a partir de la edad media, la Iglesia predicó y difundió la obligación evangélica de ayudar a los más necesitados e institucionalizó la caridad cristiana como una de las principales virtudes.

En los últimos años del siglo, las formas concretas que ha adoptado la filantropía o la ayuda social son pues mucho más

complejas por diferenciadas. Podríamos afirmar que el sistema de ayuda social está conformado por todas las iniciativas cuyo fin es la compensación de déficits sociales, y que la filantropía, en sentido amplio, tiene que ver con la manera como la sociedad civil¹, a través de sus organizaciones, grupos e individuos, es capaz de reconocer la existencia de necesidades y problemas, de concebirse como competente e interesada en atenderlos, y de desarrollar y dotarse de los medios adecuados (recursos, reflexión, organización, vinculación y comunicación con otros, gestión y concertación con otras formas institucionales, delimitación de campos de responsabilidad y competencia, códigos y reglas de acción y relación) para encararlos eficazmente.

Desde esta perspectiva, forman parte del sistema de ayuda social todos aquellos grupos e instituciones -independientemente de sus motivaciones (morales, sociales, ideológicas o políticas) y de sus métodos y concepciones de trabajo (asistencial, de desarrollo, autogestivas, etc..)- que tienen como objetivo hacer posible, sin fines de lucro, la transferencia de todo tipo de recursos y excedentes -materiales e inmateriales: tiempo, dinero, capacidad organizativa, técnica, profesional- hacia los grupos que carecen de ellos, o

1. En sentido estricto, muchas dependencias gubernamentales dedicadas a compensar déficits -el caso más publicitado en México, el Programa Nacional de Solidaridad, sería una de ellas- forman parte de este sistema social. El problema con ellas consiste en que el gobierno, al politizar la ayuda social, la desvirtúa y la hace poco eficiente, ya que no respeta el código de funcionamiento del sistema.

la atención de problemas comunes y resolución de tareas y necesidades colectivas.

Esta conceptualización agrupa a muchas organizaciones que antes no eran concebidas como similares. Queda el problema del nombre para designar a este fenómeno que ya es de carácter universal. Filantropía, en México, genera rechazos entre algunos sectores; organizaciones no gubernamentales además de ser un término negativo es demasiado general. En Estados Unidos le llaman "tercer sector" o sector independiente". En fin, queda por resolver esta cuestión. Lo importante es entender el fenómeno al que se hace referencia.

2. ALGUNOS ELEMENTOS DE LA HISTORIA DE LA FILANTROPIA EN MEXICO.

A grandes rasgos podemos ubicar tres grandes etapas en la historia del sistema de ayuda social mexicano. El primero abarca desde los inicios de la colonia (1521) hasta poco más de mediados del siglo XIX cuando, con el triunfo del liberalismo sobre la Iglesia y los conservadores, comienza en el país el proceso de secularización del poder y de la sociedad. Este segundo periodo corre hasta los años sesenta de este siglo, época en que ante una sociedad que se complejizó por el acelerado proceso de industrialización y urbanización, dio origen a un acelerado proceso de crecimiento y diversifica-

ción de las instituciones no lucrativas de ayuda social (INLAS) y al inicio de la diferenciación del sistema.

1. Durante el periodo que corre de 1524, fecha en que se crea la primera institución de ayuda social de la Nueva España², el Hospital de Jesús, hasta la sexta década del siglo pasado, cuando con las Leyes de Reforma y la derrota militar de los conservadores marcan el comienzo del declive del poder temporal (y más lentamente del poder espiritual) de la Iglesia, el sistema de ayuda social estuvo dominado por esta poderosa institución y por la doctrina por ella predicada.

Para entender la filantropía de esa época hay que tomar en cuenta la estructura social vigente, la ideología dominante y los problemas sociales existentes desde esa forma de concebir la sociedad. Brevemente podemos afirmar que los actores sociales determinantes eran la Corona Española, representada por el gobierno virreinal y la Iglesia Católica, instituciones no totalmente diferenciadas. Ellas poseían, junto con un pequeño grupo de españoles, el poder y los excedentes económicos. El catolicismo aportaba los elementos para conocer y comprender la realidad. El orden social estratificado era el orden natural de la sociedad; el sentido de la historia y de las vidas individuales era obtener la salvación. La ortodoxia de la Iglesia Católica (recuérdese que era la época de la Re-

² Haría falta estudiar el sistema de ayuda social en las sociedades prehispánicas.

forma de Lutero) ponía el acento (para obtener la salvación) en la aceptación de la doctrina, en el cumplimiento de una estricta moral y en la pertenencia a la Iglesia, la detentadora de la verdadera fe en la tierra.

Ella, que además de poseer la verdad era dueña de la mitad del territorio nacional, sería la encargada de crear instituciones filantrópicas para que sus fieles obtuvieran más fácilmente la salvación. Importaba crear espacios donde los católicos ejercieran su caridad cristiana. Se originó así el poderoso vínculo entre moral y ayuda social. Lo importante era asegurar la salvación, en segundo lugar la resolución de problemas sociales.

De las crónicas escritas por los españoles de aquel tiempo y de otros estudios se sabe que los principales problemas eran, en primer lugar, la evangelización de los nativos; en segundo lugar, las precarias condiciones de salud de la población indígena, ya que las constantes epidemias (en los primeros 80 años de la colonia se registraron más de 50 epidemias que en total duraron 28 años) la diezaban y generaron gran escasez de mano de obra disponible, tanto para la construcción de las ciudades como para mantener la producción agrícola y minera. En tercer lugar, se mencionaba la indigencia expresada en hambre y enfermedades.

Con el cuadro anterior no es difícil imaginar cuáles fueron las instituciones filantrópicas por excelencia de ese periodo y cómo operaban: hospitales y escuelas evangelizadoras, crea-

das, organizadas, financiadas y operadas básicamente por los múltiples sujetos que conformaban a la Iglesia Católica de ese tiempo (las distintas diócesis y las numerosas órdenes religiosas). La Corona y los españoles ricos también ayudaban a su sostenimiento. Es importante aclarar que los hospitales de esa época, además de ser instituciones de salud, también funcionaban como asilos, comedores y centros evangelizadores. Las escuelas donde se enseñaban el castellano y el evangelio a los indios eran todas parroquiales. Posteriormente, durante los siglos XVII y XVIII se fueron diferenciando las instituciones al crearse los asilos para ancianos y las casas cuna y hospicios para niños.

2. Durante las primeras décadas del México independiente (1821-1857), la Iglesia Católica acrecentó su poder y su riqueza, llegando a disputar abiertamente el control del Estado. Esto obligó a los liberales mexicanos a promulgar las Leyes de Reforma que consumaron la separación del Estado y la Iglesia, expropiaron todos los bienes eclesiásticos y reglamentaron su participación en la educación. Así comienza este segundo periodo, caracterizado por la secularización de la vida política y cultural y el fortalecimiento de la elite política jacobina; por el repliegue eclesiástico de la vida política y el creciente ascenso y participación del Estado como la institución clave para explicar a la sociedad mexicana del siglo XX.

El segundo cambio más importante ocurre no en la estructura social -el país seguía siendo, a finales del siglo XIX, fundamentalmente rural, atravesado por la desigualdad y la pobreza de la mayoría de la población, gobernado por una élite, aunque aparecieron en el paisaje nacional los primeros enclaves de la modernidad con el incipiente desarrollo de algunas industrias y zonas agrícolas para la exportación, que dieron origen al surgimiento de nuevos grupos sociales: la burguesía y la pequeña burguesía, algunos sindicatos y gremios-, sino en la ideología. Con la introducción y difusión del liberalismo a través de las logias, se formó una importante corriente de pensamiento que primero se hizo ley (la Constitución de 1857 convirtió los principios liberales en normas de organización política y social), y después gobierno (al derrotar al ejército conservador y fusilar al emperador Maximiliano los liberales toman el poder para no perderlo hasta la Revolución). Ya había en el campo de las ideas, en las escuelas, en la prensa una concepción alternativa a la visión religiosa del mundo: en primer lugar, era una visión científica de la sociedad (el positivismo fue el dogma de los nuevos gobernantes y de las pocas escuelas públicas), que en oposición a la concepción religiosa, explicaba el funcionamiento de la sociedad desde ella misma y no por la voluntad divina. La desigualdad social, por ejemplo, ya no era una situación natural, querida por Dios, sino social. En segundo lugar y como característico del proceso de secularización, lo religioso

deja de ocupar los espacios públicos para refugiarse en la esfera de lo individual, de lo privado.

Estos cambios vividos en las últimas décadas del siglo XIX tuvieron importantes consecuencias en el sistema de ayuda social. En primer lugar, con la expropiación de los bienes eclesiásticos, ocurrida en 1861, una parte de las instituciones filantrópicas pasaron a manos del Estado, que para administrarlas creó la Dirección de Fondos de la Beneficencia Pública; debido a las raquíticas finanzas gubernamentales su suerte fue la misma de sus beneficiarios: la pobreza permanente. Otras instituciones permanecieron bajo el control de la Iglesia a través de prestanombres o en manos de organizaciones católicas muy cercanas al clero. Aparte de la división de la Beneficencia en pública y privada, este no fue un período propicio para el surgimiento de nuevas organizaciones ni para la consolidación del sistema de ayuda social, ya que el Estado no tenía, cuando menos hasta 1940, los recursos suficientes para impulsarlas, y la iglesia y los particulares vieron frenados sus no muy abundantes esfuerzos filantrópicos, debido a la promulgación de una legislación que frenaba y controlaba en forma excesiva este tipo de instituciones, legislación que hasta la fecha permanece casi intacta para las instituciones de asistencia privada.

La segunda consecuencia para la filantropía de esta reforma liberal, y quizá la más importante, fue el replanteamiento del concepto de caridad y de Beneficencia. Si para el pensa-

miento católico lo importante era la caridad como medio de salvación para quienes la practicaban y el resultado de la caridad era irrelevante (el orden social difícilmente se cambiaba pues era un orden natural), para la concepción positivista el acento comenzó a ponerse en el resultado de la acción caritativa. El positivismo propugnaba por una sociedad de hombres libres de las ataduras del pensamiento religioso y metafísico, fundada en los principios de la ciencia y la técnica. Para lograrla había que crear hombres nuevos, útiles a la sociedad, buenos obreros y trabajadores para la sociedad, a través de una educación alejada de los principios religiosos. La caridad cristiana lo único que propiciaba era la perpetuación de la holgazanería, la mendicidad y la delincuencia. En cambio, la verdadera Beneficencia o la "caridad inteligente" buscaba eliminar las condiciones sociales que inducían a las personas a la pobreza y a los vicios. Producto de esta concepción liberal-positivista surgió un nuevo tipo de institución filantrópica: la escuela de artes y oficios, verdaderos laboratorios donde se intentó poner en práctica las tesis positivistas para la creación de los hombres nuevos y libres. Algunas escuelas de este tipo fueron organizadas por una minoría de particulares que pensaba que la Beneficencia debía ser obra de ellos, y no de la iglesia ni del Estado. Discusión que ha revivido con fuerza en estos últimos años.

Luego de la Revolución tenida lugar a principios de este siglo (1910-1920), el Estado se consolidó, entre otras cosas, por medio de una extendida política social para satisfacer las necesidades de millones de mexicanos pobres, instrumentada por enormes dependencias estatales. Por esta razón la oferta de educación, salud, vivienda y muchos otros servicios ha estado controlada en su mayor parte por la burocracia. La Beneficencia pública prácticamente quedó en el olvido, relegada a las acciones de lo que se llamó el "voluntariado nacional", formado por las esposas de los funcionarios públicos y que con el mismo espíritu y los mismos métodos asistenciales de las obras privadas de caridad se dedicaron a crear asilos, repartir alimentos, financiar orfanatorios, etc..

La Iglesia Católica después de un fecundo y breve periodo de replanteamiento de su acción social, originado por la encíclica *Rerum Novarum*, (que dio por resultado la creación de los círculos de obreros y agraristas católicos en los que se trabajaba por la erradicación del alcoholismo, se luchaba contra el desempleo, se preocupaba por mejorar las condiciones de vida de los indios, etc..) y que duró apenas dos o tres décadas, redujo su trabajo no espiritual a las tradicionales instituciones asistenciales (orfelinatos, asilos, dispensarios médicos) y sobre todo a la educación al crear miles de escuelas de corte religioso, a pesar de la prohibición constitucional para ello.

Una de las consecuencias de este secular predominio de dos instituciones omnipresentes en la vida del país -la Iglesia y el Estado- ha sido la debilidad de la sociedad civil, manifestada en la existencia de pocas organizaciones independientes del poder estatal y de una arraigada cultura paternalista y estatista que hace que la mayoría de la sociedad espere que todo lo haga el gobierno. Una notable ausencia del sistema de ayuda social, hasta la década de los sesenta, años en que comienza la tercera etapa de esta caracterización histórica, es la del sector empresarial. Con la religión relegada al ámbito de lo privado y por tanto la caridad es un asunto personal, no social, y un Estado populista y benefactor que se presentaba como el único responsable del bienestar de la población, le resultó fácil al sector empresarial desligarse de su función social. Si en EUA, el miedo a un estado intervencionista en el ámbito de lo privado y el peligro de la implantación del socialismo como vía para mejorar la situación social de los trabajadores impulsó a las grandes empresas a asumir como propios los problemas sociales (educación, salud, pobreza) y a crear grandes instituciones privadas para su atención, en México no existieron esas condiciones, pues el Estado estaba para evitar esos peligros. Para la mayoría de los empresarios mexicanos la empresa no tiene responsabilidad en esos asuntos. Su participación era a título personal a través de donativos a las instituciones.

3. Esta situación de aletargamiento de la sociedad civil frente a los crecientes problemas sociales del país y de la estatización del sistema de ayuda social comienza a modificarse a partir de 1960. Se inicia un proceso de diversificación de las instituciones a partir de nuevos fenómenos y de nuevas concepciones de la realidad social.

Durante las décadas de los sesenta y los setenta, el agravamiento de las desigualdades sociales -tema que se convirtió en la conciencia de la sociedad en el principal problema a resolver- fue explicado, desde la óptica marxista, como un fenómeno estructural -las formas de relación y producción capitalistas, la teoría de la dependencia- que requería de soluciones estructurales y no asistenciales. El desarrollo era el objetivo que se lograría por medio de la transformación de las estructuras económicas y políticas. La Iglesia también comenzó a renovarse, habían tenido lugar el Concilio Vaticano II y, en América Latina, la Conferencia de Medellín de la que salió la opción preferencial por los pobres; se iniciaba el auge de la Teología de la Liberación.

CENTRO DE INFORMACION
FILANTROPICA

Estos dos fenómenos produjeron en México el surgimiento de numerosos grupos e instituciones dedicadas ya no a la asistencia social, sino a la promoción del desarrollo de grupos marginados del campo y las ciudades. Fueron promovidas por sectores progresistas de la Iglesia, estudiantes universitarios de ciencias sociales y algunas organizaciones estudian-

tiles de tipo político con orientación de izquierda. Se trataba de cambiar las estructuras y superar la pobreza por medio de la educación popular (la influencia de Paulo Freire en estos grupos fue definitiva), las cooperativas de consumo y producción, la asistencia técnica y organizativa, la promoción de la salud con técnicas populares y tradicionales, y la organización y vinculación de tipo político. Dentro de esta corriente de la promoción del desarrollo integral hubo una importante contribución empresarial: la Fundación Mexicana para el Desarrollo Rural, impulsada y financiada por empresarios cristianos, que compartía la búsqueda de estrategias de ayuda no asistencialistas ni paternalistas -ayudar a los campesinos a ayudarse era una de sus consignas- sin coincidir en la transformación de las estructuras económicas y políticas.

En los años ochenta, ante la complejización de los problemas sociales, producto de la crisis económica que vivió el país, y los nuevos vientos en las ideologías (el cuestionamiento del Estado benefactor, su menor intervención en algunos campos de la realidad, el desmoronamiento del socialismo real), el sistema filantrópico profundizó su proceso de diversificación. Las instituciones más antiguas, las de corte asistencial, evolucionaron adoptando nuevos enfoques (sin abandonar el carácter asistencial comenzaron a poner énfasis en las actividades preventivas y de fomento del desarrollo comunitario); también surgieron muchas nuevas instituciones para afrontar nuevos problemas de la salud y la educación (cáncer,

parálisis cerebral, síndrome Down, drogadicción, sida, etc..) y en muchos casos han comenzado a presentarse intentos muy serios de mejorar la eficacia de su trabajo por medio de la profesionalización (capacitación de su personal, mejoramiento de los sistemas de financiamiento, etc..). Es en esta época que surgen las fundaciones privadas más importantes (además de la del Desarrollo Rural, aparecen en escena las fundaciones Miguel Alemán, Mexicana para la Salud, para la Educación Ambiental, las de tipo cultural como las de Televisa, Banamex, Bancomer, etc..) y con ellas los primeros pasos organizados y profesionales del sector privado en el sistema de ayuda social.

Las instituciones de promoción del desarrollo iniciaron un proceso de revisión de sus objetivos, estrategias e ideología para adaptarse a las nuevas realidades, abriendo nuevos áreas de trabajo como los derechos humanos y la ecología. En los últimos años ha sido impresionante el número de grupos nuevos dedicados a estos campos de acción, donde la exclusividad no pertenece a la izquierda. Grupos de vecinos, empresarios, amas de casa, profesionistas, estudiantes de universidades privadas, entre otros, han emprendido con gran fuerza el camino de la acción ecológica y de la defensa de los derechos humanos.

3. LA SITUACION ACTUAL DE LA FILANTROPIA MEXICANA.

En síntesis, la conformación actual del sistema de ayuda social puede caracterizarse por los siguientes rasgos:

a) la existencia de un importante grupo de instituciones con mucha antigüedad -algunas datan desde hace cien años- que ofrecen servicios asistenciales (hospitales, asilos de ancianos, orfanatorios, atención médica especial) a grupos de población de escasos recursos o de discapacitados. La mayoría de estas instituciones filantrópicas conservan un fuerte carácter religioso debido a su origen o a su relación con el clero. Su razón de ser obedece también a la incapacidad del Estado, pese a su enorme presencia en muchos de estos campos de la vida social, para atender a todos los sectores desprotegidos de la sociedad y a la inoperancia producto de su gran burocratismo.

b) A partir de la década de los sesenta surgió un considerable conjunto de grupos dedicados a promover el desarrollo social (ya no la asistencia social) de comunidades marginadas de las zonas urbanas y rurales. Estos grupos se han denominado como las organizaciones no gubernamentales. Ellas han promovido el surgimiento de organizaciones populares en barrios pobres y en comunidades rurales, algunas de las cuales tienen mucho potencial como agentes transformadores de su realidad.

c) En los últimos diez años la sociedad mexicana ha visto aparecer numerosas instituciones que han comenzado a atender problemas nuevos o los escasamente resueltos por las agencias gubernamentales: el medio ambiente, los derechos humanos en general o de grupos particulares como los de las mujeres (feministas) y niños, el apoyo a la cultura, la conservación del patrimonio arqueológico y colonial, etc..

d) Aunque aún no existe un diagnóstico que cuantifique y caracterice con exactitud el mundo de la filantropía mexicana, se puede señalar que es un universo poco diferenciado, es decir que la mayoría de las instituciones mencionadas anteriormente trata de resolver con sus propios y escasos recursos todas las funciones y necesidades: de financiamiento, de operación, de administración, de evaluación, etc., sin haber desarrollado todavía las organizaciones que satisfagan en forma eficaz y eficiente los problemas comunes. Por eso, en México prácticamente no existen las fundaciones y las pocas que hay surgieron para financiar sus propias obras o proyectos. Las pocas fundaciones mexicanas que se asemejan a las estadounidenses son muy recientes (no tienen más de 20 años de existencia) y enfrentan grandes problemas para conseguir recursos. Tampoco hay en México instituciones encargadas de ofrecer servicios de apoyo y asistencia técnica en materia legal, financiera, fiscal, administrativa e informativa, o con capacidad de aglutinar y coordinar los esfuerzos de varias instituciones que tienen objetivos y problemas comunes.

Es importante mencionar el surgimiento de varias instituciones dedicadas a promover la filantropía y a dar apoyos técnicos y profesionales a las organizaciones ya existentes. En 1985 surgió la Fundación de Apoyo a la Comunidad (FAC) como un esfuerzo de los obispos mexicanos para profesionalizar el financiamiento dado por la iglesia católica a sus obras y proyectos sociales; después en 1989 surge el Centro Mexicano para la Filantropía que en pocos años se ha convertido en el principal centro de apoyo y promoción del sistema filantrópico mexicano. La Junta de Asistencia Privada, organismo gubernamental con participación de las instituciones de asistencia privada, también ha hecho esfuerzos por cumplir las tareas de promoción y asesoría, aunque su origen y dependencia gubernamental aún genera seria desconfianza en muchas instituciones.

La caracterización anterior puede completarse con algunos de los problemas más importantes observados en un estudio que el CEMEFI realizó en 1991:

a) En materia financiera, pocas son las instituciones que tienen resuelto este problema. La principal fuente son aportaciones de individuos -igual que en Estados Unidos-, pero en montos muy inferiores. Las fundaciones extranjeras que operan en el país son una fuente importante para las NGO, pero los recursos destinados por ellas han disminuido significativamente en los últimos años, al considerar prioritarios a otros países de América Latina. Por otra parte, aunque mu-

chos empresarios participan en obras de caridad y dan aportaciones personales a muchas instituciones filantrópicas, dentro de las empresas o corporaciones, con algunas excepciones importantes, no existe una cultura de la filantropía. Recuérdese que ésta se asocia a un imperativo religioso y que por tanto no es asunto que competa a las empresas.

b) La problemática fiscal tiene una estrecha relación con las cuestiones de financiamiento. El código fiscal mexicano no cuenta con criterios claros y permanentes para otorgar a las instituciones filantrópicas la exención del pago de los distintos tipos de impuestos ni para conceder a los donantes la deducibilidad por sus aportaciones. Esto provoca que la ley sea aplicada, con cierta frecuencia, en forma arbitraria y discrecional. Además, no hay una reglamentación única y clara para registrar y regular a las organizaciones no lucrativas. La que existe es obsoleta pues fue hecha el siglo pasado con la finalidad de ejercer un control sobre instituciones que estaban muy ligadas a la Iglesia Católica. A pesar de las modificaciones que le han hecho, esta ley continúa siendo inoperante.

c) La mayoría de las instituciones filantrópicas tienen que avanzar mucho en términos de profesionalización que las haga ser más eficaces en el logro de sus objetivos y más eficientes en el manejo de sus recursos. La falta de personal capacitado y bien pagado -problema derivado de la escasez de recursos financieros-, la inexistencia de cuadros administrativos con experiencia en este tipo de instituciones y las di-

ficultades para evaluar y mejorar permanentemente los métodos de trabajo son problemas que tienen que ser resueltos en lo inmediato.

d) Por último, la falta de una infraestructura de investigación que permita conocer a fondo el sector filantrópico: cuántas instituciones hay, dónde están, cuánta gente trabaja en ellas, cuántos recursos tienen, qué tipo de servicios prestan, a quiénes benefician, etc.. La solución a la problemática existente y la promoción de más instituciones filantrópicas se facilitará en la medida en que avance su conocimiento.



Centro de Información Filantrópica



00006311